

Una maniobra o una frivolidad

LA noticia de que la Generalitat iba a comenzar una campaña orientadora sobre planificación familiar motivó la llegada de docenas de cartas de protesta a nuestra Redacción en el brevísimo plazo de veinticuatro horas. Este alud de «Cartas de los lectores» amainó cuando se supo que el presidente Tarradellas había suspendido la campaña.

Estas cartas son reflejo de un estado de opinión y abarca a un amplio sector de la sociedad. El tema es muy delicado e incide en la conciencia de las personas. Por ello no se puede tratar con la ligereza que ha demostrado la Conselleria de Sanidad y más teniendo en cuenta que dicha Conselleria corresponde a un partido fuertemente ideologizado, como es el PSUC, cuya doctrina sobre la cuestión no es compartida por la mayoría de la población. El resultado de las últimas elecciones es revelador en este sentido.

Al anunciar la suspensión de la campaña, en la que no se había ahorrado ningún argumento al alcance de las mentes más sencillas, alguno ciertamente exagerado y que produce escalofríos, se dijo que el Consell, en su reunión de hoy, trataría el asunto. La excusa, digamos administrativa, que se utilizó para frenar la apología poco meditada de la planificación familiar, era que el Consell no había intervenido.

Nosotros creemos que este tema va más allá del acuerdo del Consell Executiu de la Generalitat. En todos los países ha sido y es, cuando aún no se ha resuelto en sentido adverso o favorable, una cuestión de Estado. Esto significa que previamente los partidos políticos que son opción de poder incluyen en su programa su posición al respecto, para que los electores sepan, al votar, qué les espera. O sea que, al margen de los problemas de conciencia que un tema tan difícil presenta, hay una preparación y una decisión política que va madurando lentamente. Largas discusiones, profundos debates y hasta consultas populares exclusivas ayudan a delinear la decisión final.

Aquí no ha ocurrido nada de eso. Los comunistas, por su cuenta y riesgo, han lanzado la campaña. Y es curioso que lo hicieran cuando las elecciones al Parlamento demostraban que la tendencia del país iba por otros derroteros. ¿Había alguna jugada política escondida?

Con esto no excluimos la posibilidad de que un día se adopte la planificación familiar, pero en todo caso el proceso será largo, meditado y complicado. No es problema de cuatro carteles más o menos audaces, sino del equilibrio consciente y responsable de todo un pueblo.

Coincidencias esperanzadoras

DADOS los resultados de las elecciones al Parlamento, era ciertamente inevitable que, durante un tiempo, la actividad política se redujera a las idas y venidas, tira y afloja y cabaldeos de unos con otros para obtener cada cual la mayor porción posible de capacidad de intervención o decisión gubernamental o parlamentaria. Así es la dinámica del mecanismo democrático, aunque lo cierto es que empezamos a percibir indicios de que las gentes —exactamente, quienes votaron— empiezan a sentir una vaga sensación de molestia que los líderes en danza debieran tener en cuenta para ahuyentarla con la mayor celebridad posible.

Y es que los ciudadanos quieren ver y oír otras cosas, las que se ciñan a sus preocupaciones, sus angustias y sus necesidades. En este sentido se ha producido una coincidencia estimulante entre conceptos vertidos por el posible futuro presidente de la Generalitat, Jordi Pujol, y el recientemente elegido presidente del Parlamento vasco, Juan José Pujana, sobre lo que debe hacerse para justificar y proporcionar contenido a la política. En el primer caso, el señor Pujol no ha hecho otra cosa que repetir sus criterios básicos de trabajar, ante todo, para construir un país próspero, ordenado y en paz. El señor Pujana, por su parte, ha asegurado que no cree en «varitas mágicas» para resolver los problemas sino en «el trabajo diario hecho con metodología y democracia».

He aquí unos programas —sencillos, como todo lo de verdad importante— que engranan con la realidad y se ponen a su servicio. Aunque el nervio de la difícil situación vasca no es, por fortuna, el mismo que distingue a la catalana, en ambos casos hay que trasladar el mayor volumen posible de acción política a la indispensable tarea de devolver la esperanza en el futuro, que sólo se obtendrá sobre un presente que valga la pena de ser vivido y permita una ilusión común.

Después de la esperanza

A vueltas con la utopía

MI erudición no llega a tanto, pero me gustaría precisar, ahora, cuándo las «utopías» —y pienso en el material literario así calificable— empezaron a convertirse en «contra-utopías». De todos modos, el hecho podría ser datado con cierta exactitud y, por supuesto encontraría explicaciones interesantes. Las «utopías» digamos clásicas, en efecto, fueron optimistas, en general. Sus autores imaginaban unos «modelos de sociedad» esperanzadamente perfectos, o casi: «lugares» donde la convivencia humana se realizaría a través de una organización racionalizada, en cuyo seno los conflictos violentos, el hambre, el dolor, e incluso el trabajo, quedarían reducidos al mínimo... ¿Que eran pura fantasía? Desde luego. Eran algo más, sin embargo: una alternativa al caos y a las amarguras de la situación inmediata, y en el fondo ocultaban un esbozo de programa, poco viable, sin duda, aunque inspirado en la idea de que la humanidad era eso, «perfectible», y que el logro final pasaba por la «razón». A partir de un momento determinado, surgieron las «contra-utopías».

Las llamo «contra-utopías» a falta de un término mejor. Se trata de libros en los que, continuando la tradición utopista, se dibuja el mecanismo de una sociedad obviamente «racional» y «perfecta», pero que, en vez de dar resultados clementes y afectuosos para el individuo, se traduce en un sistema de opresión todavía más desgraciado que el que vivimos. Un ejemplo espeluznantemente ingenioso de esta corriente es «Un mundo feliz», la novela de Aldous Huxley que, hace poco, han escenificado en la pequeña pantalla local. Mientras la «utopía» constituyó siempre una crítica implícita —o explícita— del absurdo cotidiano, el relato Huxley quiso ser y es la crítica de las mismas «utopías». Ignoro si «Un mundo feliz» rompió el fuego o tiene precedentes: insisto en la precariedad de mis informaciones. Otro papel acogojante es el «1984» de George Orwell. ¿Lo recuerden? «1984» es el típico panfleto anticomunista escrito por un comunista decepcionado. Pero esto es lo de menos. También Orwell combate un «mundo feliz», como Huxley. Y no sólo por comunista. Su mismo esquema valdría para un enfoque capitalista.

Y es que las «contra-utopías» se erigen fren-

te a la perspectiva de que la «utopía» va de veras. Por desdichado, ya se desvanecieron las bases teóricas de las viejas «utopías» —la de Platón, la de Moro, la de Campanella, y tantas más—, que eran de un «humanismo» ingenuo y admirable. Todavía los socialistas premarxianos, románticos ellos, prolongaban la línea. Y hasta el mismo Marx. Karl Marx tematizó a los «socialistas utópicos»: los desdijó desde su depestal «científico». Sólo que la historia le gastó la jugarreta de meterle a él en el mismo saco: la dosis de utopismo en las conclusiones de Marx es grande. Con la toma del poder por el proletariado, prevista en el «Manifiesto», la cosa permanecía aproximadamente al nivel antiguo: «pretecnológico». La «ciencia» a que se aferraba Marx no era la «ciencia-ciencia»: se limitó a ser una relativa cientificación de la economía y de la sociología, ramas del saber —como muchas otras— de una vaguedad esencial e inevitable. La otra «ciencia», esa «ciencia-ciencia» que, mientras tanto, intentaba prosperar y prosperaba en los laboratorios, en las cátedras de matemáticas o de astronomía, en otros sitios donde la investigación y el cálculo se proyectaban hacia objetivos más «materiales» y «materialistas».

Hubo una época, reciente, en la que los charlatanes «a-científicos» —políticos, literatos, sociólogos y demás gentuza— quisieron distinguir entre una «ciencia burguesa» y una «ciencia proletaria». El episcopado es escandaloso. Unos y otros se espiaban, se robaban fórmulas, se imitaban mutuamente: ¿no bastaba eso para evidenciar la superchería de la «distinción»? Además: en ambos lados se proponían lo mismo: el desarrollo armamentario, la conquista del espacio, el aumento de la producción de bienes de consumo. Y la «ciencia-ciencia» estaba ahí, con su hija, la «tecnología», idéntica para el Pentágono y para el Kremlin. Los dos bandos difieren en sus «pseudociencias» —la filosofía, la economía, la sociología, la historia...—, pero no en las verdaderas «ciencias», las que afectan al cáncer o a la astronáutica, a las bombas letales o a la construcción de caminos, canales y puertos, a las eventualidades de la «energía» o las necesidades de la alimentación... Las «contra-utopías», fundamentalmente occidentales —si las hay en el ámbito soviético, las

desconozco—, son, sencillamente, una reflexión miedosa de la ciencia y de la técnica. ¿Injustificada?

En la caricatura huxleyana de «Un mundo feliz» la conclusión es que John Salvage —todavía «el buen salvaje» rousseauiano—, hablando con versos de Shakespeare, reclama su derecho a la «infidelidad»: el mal, a la enfermedad, a las incomodidades, a la muerte. No ha de sorprendernos Huxley, uno de los mayores genios reaccionarios del siglo XX —superior al bobo de Claudel, al nazi Heidegger, al piadoso Maritain, al imbécil de Garaudy— intuyó rápidamente los riesgos de la «ciencia». Porque la «ciencia» no es ni burguesa ni antiburguesa: lo será su utilización. Y ahí reside la angustia. No hemos venido a esta vida por nuestra voluntad, pero una vez en ella, ¿por qué no «aprovecharla»? No tenemos otra. A medida que los tabúes —siempre «económicamente» capciosos— se desmitifican, la ciudadanía opta por «pasárselo bien»: un hedonismo trivial nos viene facilitado, gracias a la «ciencia» y a la «tecnología», para mitigar las aflicciones cotidianas...

Un «salvaje» embebido de Shakespeare, que es lo que Huxley «inventa», a parte de ser improbable, sería un masoquista. El hombre de la calle de todas las latitudes político-sociales nunca quiere dejar de ser él mismo: quiere, a la vez, vivir bien, discretamente bien, y tener recursos para aplacar sus dolencias, y divertirse a su aire, y morirse lo más tarde posible. Precisamente eso es lo que, en parte —sólo en parte—, le ofrece la «ciencia», le brinda la «tecnología». Es el ascensor, la aspirina, el disco de Mozart, las vacaciones pagadas, una partida de tenis. ¿Son delicias «burguesas»? Añado la moto local, las discotecas horribles, la carretera alucinante. Y el quirófano... Nadie ocultará la contrapartida: lo que hay que pagar por eso. Pero, ¿qué quieren? ¿Que nos hagamos monjes de la Trapa? Y lo preguntaría a los santones del ecologismo: ¿monjes ateos de la Trapa? ¿Para qué? La «utopía» tecnológica, con sus ferocidades bélicas, innegables, con sus mediaciones rojas o de cualquier otro color, con su final desesperado del entierro, ¿merece tantos ataques, tantos desdenes, tantos temores?

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

SALVADOR DALI DESCANSA EN UNA CLINICA

Señor Director: Para aclarar determinados escritos y rumores aparecidos en la prensa, el suscrito don Salvador Dalí, debo dar noticia a los medios informativos que he tomado un período de descanso en una clínica de Marbella y ello como consecuencia de una afección gripal y también por un «surmenaje» determinado por la inusitada actividad que he desarrollado últimamente en Francia (Ingreso academia, exposición antológica, etcétera), a la par que durante mi estancia en los Estados Unidos.

Espero que dentro del menor tiempo posible pueda reintegrarme totalmente a mi actividad artística y social, mientras, agradezco el afecto con que se me ha distinguido y distinguen.

Cuanto pongo en conocimiento de mis amigos, simpatizantes y del público en general en evitación de concepciones erróneas.

Salvador DALI DOMENECH

PUNTUALIZACIONES DE FONTBONA SOBRE ANTONI TAPIES

Señor Director: Con respecto a las observaciones que Luis Permanyer hace el 25 de marzo a mi artículo sobre Antoni Tapies en la «Gran Enciclopedia Catalana» quisiera puntualizar:

- Redacté dicho texto hace unos cinco años, y al parecer ahora no me fue encargada su oportuna puesta al día.
- Declino toda responsabilidad en lo referente a la ilustración, pues no intervine en ella.
- Las valoraciones de una actividad artística son siempre discutibles, pues el arte,afortunadamente, desde la crisis del Clasicismo no se rige ya por cánones ni reglas indiscutibles.
- El artículo sobre Tapies, con sus noventa líneas, es sin duda el más amplio aparecido en la «E.E.C.» sobre un artista vivo y relativamente joven.
- Ramón Casas, que en la «G.E.C.» tiene sólo setenta y nueve líneas, no fue en vida un valor local. Fue societaire del Salon du Champ de Mars (1903) de París —ciudad en la que exponía regularmente desde 1883—, y miembro de la International Society of Pictur., junto a Whistler, Besnard o Brangwin.
- Mir y Nonell, por falta de promoción exterior, si fueron lamentablemente «valores locales», pero no por falta de valores intrínsecos. Mir —el Mir de 1900 a 1920, pues luego se repitió y decayó como se repiten y decaen tantos artistas— y Nonell —entero— son hombres del todo equiparables a los mejores de su tiempo en el exterior. Y si esta valoración no se ha generalizado aún, sin duda se generalizará en un futuro más o menos próximo, como se ha

producido también, muy tardamente, la valoración internacional de Gaudi. Dicho esto no me queda más que reiterar mis convicciones, nunca desmentidas, de que Tapies es, en vida —y Cataluña sale beneficiada de ello— un valor catalán de altísima cotización internacional, y de que Permanyer, a la luz de sus constantes artículos sobre el tema, es el más celoso «tapiomano» del país.

Francesc FONTBONA

LA ACCION DE LOS VECINOS DE LA RONDA DEL GUINARDO

Señor Director: En los últimos días y en el periódico de su digna dirección, se han publicado cartas firmadas por Enric Garriga Trullols, «Un Ciudadano» y «Convergente», relativas al problema suscitado por la acción de un grupo de vecinos de la Ronda del Guinardó y la calle de Cartagena, que cortaron por su cuenta el tránsito por dichas vías en su cruce con el Cinturón de Ronda.

Sobre el particular puedo informar que son varias las alegaciones que, según ellos, motivan la acción, entre ellas que circulan por aquel lugar demasiados vehículos y a velocidades excesivas y que el Cinturón ha dividido el barrio.

Al margen de las medidas de ordenación del tránsito que se tomaron en los primeros momentos para evitar en lo posible atascos y embotellamientos, la Unidad Operativa de Transportes y Circulación del Ayuntamiento ha estudiado detenidamente el problema y ha propuesto:

- Invertir provisionalmente el actual sentido de circulación de la Ronda del Guinardó, haciéndolo en dirección Thous-Cartagena, y realizar rápidamente la pequeña obra que permita la utilización de la referida calle Thous para circular en doble dirección, con la finalidad de que los vecinos no queden aislados del sector NE y SE de la ciudad, al establecerse la dirección única ascendente de la calle de Cartagena, recientemente aprobada por el Ayuntamiento dentro del plan para facilitar la comunicación entre la Avenida Meridiana y el I Cinturón.

Luis REVERTER
Conseller-regidor
de Relacions Ciudadanes
de l'Ajuntament de Barcelona

TRIUNFO EXCLUSIVO DEL NACIONALISMO

Señor Director: Permítame decir públicamente que se equivocaron los dirigentes socialistas catalanes si creen de verdad que el reciente triunfo electoral de Convergència i Unió es fruto de «la polarización del voto de derechas». Si se hubieran asomado a los «mitins» y reuniones de CIU durante la campaña electoral no para escuchar a los oradores sino para tomar el pulso volitivo y emocional del público asistente, ahora no les cabría

ninguna duda de lo que es evidente para cualquier observador imparcial: ha sido el sentimiento nacionalista el que ha propulsado masivamente el voto favorable a CIU —y también a ERC. El mismo sentimiento nacionalista que se ha mostrado refractario a la visita de los líderes de UCD, PSOE y PCE para «ayudar» a sus respectivos partidos durante la campaña.

Y se equivocaron, más gravemente todavía, los dirigentes socialistas catalanes, si se han creído la tesis comunista de que el nacionalismo catalán es un mero vestigio arcaico de una burguesía anacrónica y reaccionaria. Es lástima que se empeñen en cerrar los ojos a una clara manifestación de nacionalismo, aferrándose a un planteamiento (probablemente más cómodo para ellos) de giro alternativo Derecha-Izquierda. Es lástima porque a partir de una perspectiva errónea difícilmente acertarán a recuperar en este país la hegemonía perdida.

Y además, querer o no querer cooperar con Jordi Pujol según el color de los votos que le dieron la victoria, no deja de ser una actitud pueril. Es el color que adopte la política de gobierno de CIU lo que ha de marcar su línea y no las especulaciones sobre el grado de derechismo de sus electores.

Alberto M. MILA

LA CAMPAÑA ANTICONCEPTIVA

Señor Director: A punto estaría de reirme si no fuera porque dan ganas de llorar, cuando leo y oigo todo lo referente a la campaña de anticonceptivos que, a modo de broche de oro, cierra el gobierno de la Generalitat provisional. ¿Qué pena que esto salga de nuestra máxima institución catalana! Lo que más me divierte, sin embargo, es el tan bien sonante cientifismo del montaje. Por lo visto es científico que a partir de los 35 años los niños nacen tarados física o mentalmente. Por lo visto es científico que a partir del tercer hijo —o del segundo, no recuerdo bien— contraer un nuevo embarazo es peligroso para la madre y para el hijo. Gracias por haberme sacado de mi ignorancia paleolítica.

Soy madre de doce hijos. Le diré al cuarto —casualmente el más alto y fuerte de todos— que, según la ciencia, es algo así como un disminuido. Les diré a mis tres últimos hijos que son una auténtica aberración de la naturaleza, pues los he tenido después de los 35 años. Supongo que se alegrarán de no ser «científicos», de no haber nacido al amparo de las tan estadísticas recomendaciones médicas, y de que la ciencia estuviera tan atrasada en aquella época.

Por favor, basta de demagogia pseudocientífica. Aprovecho la carta para felicitar al señor Tarradellas por su intervención, por supuesto nada «científica», y decirle que es una lástima que nos deje.

Anna M. SERRABOU I CAPELLADES

«LUCHA CONTRA LA CONTAMINACION ATMOSFERICA»

Señor Director: Me refiero a mi anterior, tan amablemente publicada por «La Vanguardia» el pasado 22-3-80 con el encabezamiento de «Lucha contra la contaminación atmosférica», y en la que se desliza un error al atribuir la publicación del Anteproyecto de Ley Orgánica del Código Penal al «B.O.E.» («Boletín Oficial del Estado») y no al «B.O.C.D.» («Boletín Oficial del Congreso de Diputados») tal y como debiera ser.

Queda claro pues que, las penas de prisión que podrán aplicarse a los responsables de instalaciones contaminadoras serán aprobadas por las Cortes, pero aún no lo han sido.

A. MARTINEZ ORTEGA

VECINOS DE LA CALLE ROBERTO BASSAS IMPUGNAN EL CAMBIO DE NOMBRE

Señor Director: El día 18 de marzo se presentó la impugnación en el Registro del Ayuntamiento de Barcelona, alegando que se había procedido por parte del Ayuntamiento a usar el nuevo nombre antes de vencer el plazo establecido en el «Boletín Oficial de la Provincia de Barcelona» el día 20 de febrero de este año.

La verdad, nos parece que el Ayuntamiento nos está sometiendo a todos, incluyéndose a sí mismo (a quien pagamos) a unos gastos e incomodidades innecesarios. El cambiar un nombre político, Roberto Bassas, por otro político, Sabino de Arana (para llamarlo más, vasco), es tratar de arreglar una tontería con otra.

Total, que si se van a poner a cambiar nombres, que cojan un libro de flora y fauna ibérica que también es digna de ser conocida y no está sujeta a constantes cambios políticos. ¿Sería demasiado pedir a nuestros «elegidos» un poco de sentido común?

Mariela PELLA

N. de la R. — Escogemos con preferencia para la publicación —integrada o condensada, según el espacio— las cartas breves, escritas a máquina por una sola cara que pueden aparecer firmadas con nombre y apellido.

Recordamos a nuestros comunicantes que las señas completas deben figurar en la misma carta, y que no podemos mantener correspondencia ni atender visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas recibidas.